

Reseña Bibliográfica

GELLNER, Ernest. *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski and the Habsbud Dilemma*. Cambridge: Cambridge University Press. 1999, p. 229.

Éste es un libro escrito por un centroeuropeo que hizo carrera académica en Inglaterra, y trata sobre dos centroeuropeos que hicieron carrera académica en Inglaterra. A través de un singular estudio comparativo de Wittgenstein y Malinowski, en esta obra publicada póstumamente, Gellner reúne buena parte de las ideas y problemas sobre los cuales pensó a lo largo de su vida. Más importante aún, Gellner consigue acercar la antropología y la filosofía, las dos disciplinas a las cuales consagró su vida académica. He aquí un autor y un libro que vale la pena traducir a nuestra lengua.

Quizás se trate del libro más autobiográfico e íntimo de Gellner. Lo que probablemente de forma original se concibió como un análisis histórico de los orígenes del nacionalismo y sus implicaciones en la academia, terminó por convertirse en uno de los ataques más vívidos a la gran vaca sagrada del siglo XX, Ludwig Wittgenstein, y en la vindicación de un hombre enterrado en el olvido, Bronislaw Malinowski. Gellner no ofrece detalles autobiográficos de ningún tipo, pero el lector puede sospechar que la vida de Gellner refleja mucho de la vida de Malinowski, y en este espíritu, decide rechazar la filosofía lingüística que resultaba y sigue resultando tan popular.

El libro empieza por hacer un recorrido histórico de dos maneras contrapuestas de ver el mundo: el universalismo-atomismo y el romanticismo. Gellner estima que, en continuación con los pensadores que han teorizado sobre el mundo moderno (Maine, Weber, De Tocqueville, Durkheim, por nombrar algunos), alrededor del siglo XVII se empezó a vivir un profundo proceso de transformación social en Europa.

Se empezó a forjar esa extraña idea que resultó ser el individualismo. El parentesco fue perdiendo prominencia, el contrato reemplazó al estatuto, la colectividad dejó de convertirse en el eje de la organización social y dio paso a la prominencia del individuo como eje del nuevo orden social. Las comunidades agrarias dieron paso al burgo que, con el tiempo, se convirtió en la gran metrópolis.

Es en esta metrópolis donde surgirían los valores cosmopolitas que caracterizaron a la Ilustración. La vida comunitaria y provinciana

perdía prominencia frente a una forma de organización social donde las ciudades marcaban la pauta. Esto se hizo particularmente evidente en el Imperio de los Habsburgo, conformado por una pluralidad de regiones y grupos étnicos que, aún así, se encontraban bajo la soberanía del Imperio radicado en Viena.

A esta pluralidad provinciana, los cosmopolitas opusieron un universalismo que, proclamando la igualdad del hombre, suprimía las diferencias entre ellos y desechaba cualquier intento de construir una identidad cultural propiamente dicha, puesto que, hacer esto, significaría un regreso a la vida provinciana y a la concepción holística del mundo.

Los valores cosmopolitas pronto traspasaron la esfera socio-cultural y política y se apoderaron de la filosofía del conocimiento. De acuerdo a Gellner, en Descartes se evidencia claramente esta nueva tendencia traspasada a la filosofía del conocimiento, sentando las primeras bases para un individualismo que luego crecería aún más (Gellner descuida el rol que filósofos anteriores juegan en este proceso, especialmente Ockham, cuestión que otros autores como Louis Dumont, sí lo hacen).

En la filosofía de Descartes, se sientan las bases de un individualismo en tanto el yo cartesiano no necesita del mundo para pensar y conocer. Si los cosmopolitas desechaban la vida comunitaria por razones socio-políticas, a partir de Descartes se desecha la prominencia de la comunidad por razones epistemológicas. Descartes desestima al Otro porque en su sistema, el Otro resulta innecesario e inclusive, peligroso.

Ésta es una idea que también aparece en un libro muy poco conocido y que Gellner no referencia, pero de gran importancia; *The Puppet of Desire*, por Jean-Michel Oughourlian. En esa obra, el autor elabora mucho más que Gellner el papel que Descartes juega en el rechazo del Otro y de la influencia de la Cultura en el proceso cognitivo.

Esta primacía del yo individual en el conocimiento, según Gellner, se extiende a la obra de Hume y Kant, pensadores cosmopolitas que proclamaban valores universales y trascendentes. Así, el mundo moderno aparecía en un doble aspecto. Por una parte, la vida comunitaria y sus correspondientes características daban paso a un nuevo orden sustentado en la primacía del individuo, a la vez que se fortalecía un Imperio que dependía de esta cultura cosmopolita que pretendía trascender diferencias culturales, en tanto su soberanía política abarcaba una inmensa pluralidad de grupos étnicos.

Hacia el siglo XIX, sin embargo, se empezó a gestionar una nueva transformación que, en gran medida, aspiraba deshacer lo que la Ilustración y los cosmopolitas hicieron.

El movimiento del Romanticismo buscaba un regreso a la vida comunitaria, resaltando los valores campesinos y muy especialmente, la organicidad. En el plano socio-político, este proceso estuvo pautado por el auge del nacionalismo. Gellner recapitula sus extensas teorizaciones sobre este fenómeno, sugiriendo que, con la Revolución Industrial, la especialización del trabajo y la movilidad laboral, se hizo necesaria la creación de una identidad colectiva a fin de facilitar la solidaridad social entre trabajadores que, probablemente, no tenían ningún lazo común entre sí pero que debían convivir en sus lugares de trabajo.

El frágil Imperio ahora se consolidaría bajo la bandera de un solo grupo étnico, pero que a la vez tenía que excluir a grupos minoritarios para fortalecer la identidad de la mayoría. Los grandes románticos alemanes incentivaron un nacionalismo que *construía, mucho más que reflejaba*, una identidad nacional.

Se exaltaban valores y costumbres provincianas y particularistas, a la vez que se incentivaba una visión holística del mundo, cuyo máximo exponente fue Hegel. El yo cartesiano y el Ego trascendental kantiano se vieron sustituidos por el *Geist* hegeliano que reunía al individuo y a la Cultura en uno mismo, vindicando así a la comunidad.

Entrado el siglo XX, estas dos corrientes fueron las que dominaron el escenario político y académico de Europa. Gellner considera que la obra de Wittgenstein es un drama catastrófico que se debate entre estas dos posturas.

El primer Wittgenstein, el autor del *Tractatus*, sigue la tradición universalista-atomista de los cosmopolitas. Gellner sugiere que la condición adinerada de Wittgenstein, junto con su prominencia en la sociedad vienesa influyeron en la inclinación hacia esta corriente. Asimismo, su herencia judía le hizo despreciar cualquier nacionalismo o visión holística del mundo, recordando que el nacionalismo se construyó en gran medida a través de la exclusión de las minorías.

La filosofía de Wittgenstein pretende un atomismo donde se elimina cualquier vestigio de hostilidad. Hume ya había intentado esto, pero el escocés advertía ciertos matices y, más aún, valoraba la vida comunitaria en muchos de sus escritos. Gellner insiste que, por el contrario, la mente de Wittgenstein es dogmática, reflejada en su estilo literario, por lo que lleva a un extremo el universalismo-atomismo de

su filosofía. Termina por construir una filosofía donde el Otro, la Cultura, juegan un papel nulo en el conocimiento.

De esto se desprende que, puesto que no estamos sujetos a la influencia de los demás, todos terminamos pensando igual. En su intento de trascendencia, Wittgenstein termina por despojar de *diferencias* a la especie humano, suprimiendo de manera autoritaria la pluralidad.

Los términos en los que Gellner critica a Wittgenstein son acalorados, terminando por llamarlo un autista. El atomismo es tal, que no existe relación entre las cosas en el mundo. Wittgenstein termina siendo un autista en tanto se niega a convivir y a reconocer al Otro.

Gellner estima que esta soledad llega a extremos desesperantes en la vida y obra de Wittgenstein. Con su célebre e inesperado giro, se adentra en la vida comunitaria y abraza el otro extremo esbozado por Gellner: el romanticismo organicista. En las *Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein cambia radicalmente su concepción del mundo.

Si antes le otorgaba primacía entera al individuo en el conocimiento y negaba por completo el papel de la comunidad, ahora Wittgenstein le otorgaba esa completa primacía a la comunidad. Con su concepción de las formas de vida y juegos del lenguaje, Wittgenstein estima que sólo podemos entender el lenguaje en su relación con la comunidad en su conjunto, negando cualquier trascendencia y enfatizando la particularidad.

Gellner siempre fue conocido por su militante hostilidad al relativismo. Si el primer Wittgenstein suprimía las diferencias, el segundo las sobresaltaba, acercándose a un cierto nihilismo relativista. Este peligroso espíritu, retomado por Clifford Geertz en la antropología, pone en peligro las certezas de lo humano y se acerca a la idea de que no podemos hablar sobre nada en particular y que no existe una noción trascendente del conocimiento.

Gellner contrapone Malinowski a Wittgenstein. El antropólogo polaco tuvo una identidad cultural bien fortalecida, producto de sus raíces campesinas polacas. Mientras que Wittgenstein sufrió de una ineptitud etnográfica, al no comprender las diferencias culturales en un momento, y suprimir la universalidad de la especie en otro, Malinowski fue el maestro de la práctica etnográfica y adquirió un magistral sentido de lo que hace semejantes y diferentes a los seres humanos.

Mientras que Wittgenstein pasó catastróficamente de un extremo a otro, Malinowski supo mantener lo mejor de ambas tradiciones. Campesino y cosmopolita a la vez, encontró una satisfactoria posición intermedia en los temas que se debatían entre el universalismo-atomismo y el romanticismo-organicismo.

Por una parte, Malinowski demuestra estar muy consciente de las diferencias culturales entre diversos pueblos. Gellner no menciona, por ejemplo, la célebre refutación malinowskiana de la universalidad del complejo de Edipo, o del conocimiento de la relación coito-parto. Malinowski se muestra como un provinciano nacionalista que está al tanto de las diferencias culturales, que, a la vez, enfatiza la importancia de la vida comunitaria.

Pero, a la vez, el funcionalismo de Malinowski se centraba en la manera en que la Cultura se perfilaba para satisfacer las necesidades *individuales* que resultaban ser universales (hambre, amor, etc.). Así, en el plano teórico-etnográfico, Malinowski reunía lo mejor de ambos mundos.

En el plano de la filosofía del conocimiento, Gellner reconoce que Malinowski es ambiguo. En la mayoría de sus escritos, adopta la posición del segundo Wittgenstein, insistiendo que fuera de la comunidad no puede haber lenguaje, negando cualquier noción de trascendencia.

Pero, en unos escritos marginales, Malinowski asume una posición anti-relativista que considera que *sí* existe una trascendencia del lenguaje, a la vez que hay conocimientos superiores a los otros.

Mientras que Wittgenstein no demostró ningún interés por los temas políticos y culturales, Malinowski sí lo hizo, demostrando una vez más su capacidad para reunir lo mejor de ambos mundos. Defendía el mandato indirecto del Imperio Británico, en el cual se respetaban las diferencias culturales, así como su libertad, pero se restringían las libertades y diferencias políticas de los súbitos, a fin de que preservaran su identidad a la vez que se controlara el despotismo y el terror de los gobernantes locales. Una vez más, Malinowski instrumentaba esa difícil unión de cosmopolitanismo y provincianismo.

Existen muchos autores que pueden ser ubicados en un extremo de ambas tradiciones, pero Wittgenstein fue el único en colocarse en los *dos extremos*. Su desesperación de soledad fue tal, que pronto saltó, convirtiéndose en un extremo relativista, fallando una vez más. Gellner ve en Malinowski una imagen de sí mismo.

Para Gellner, el mundo es una combinación de ambas tradiciones, no existe un ego enteramente trascendental, así como tampoco una comunidad enteramente cerrada que no permite nada fuera de ella.

De seguro, Malinowski no es el único autor del siglo XX en conseguir reunir lo mejor de ambas tradiciones. Durkheim y Levi-Strauss, por ejemplo, también podrían incluirse en esta lista. Pero, Gellner enaltece a Malinowski porque igual que él, fue un centroeuropeo radicado en Inglaterra, lo que le permitió encontrar un punto intermedio entre ambas tradiciones.

Gabriel Andrade
Universidad José Gregorio Hernández - Venezuela